

dición que veo entre sus máximas y su conducta. Este declama contra las riquezas, cuando pone su dinero á usura, y todo lo hace por el dinero. El otro hace profesion de menospreciar la gloria, que busca por todas partes. Casi todos en público gritan contra el deleite, y en secreto se entregan á el cuanto es posible." Asi pinta Luciano á los filósofos, cuya pintura nos demuestra la insuficiencia é inutilidad de aquellas lecciones, que no enseñan las verdades, no dan reglas para bien vivir, y si dan algunas, con sus ejemplos las hacen ineficaces.

Hermias escritor del mismo siglo en su obra titulada *los filósofos burlados*, pinta la falsa sabiduría y loca vanidad de los filósofos con las palabras siguientes.

"Yo pregunto, dice, que es el alma y Democrito me dice que es una sustancia de fuego; los estoicos una sustancia aerea; Heraclito una mocion; Pitágoras una sombra que tiene fuerza para mover; Hippon una agua seminal; Dinarco una armonia; Critias la sangre; otros un vapor que viene de los astros, un elemento de los elementos &c. cada uno de ellos empeñado en sostener su gerigonza y ninguno la verdad."

"Mas después de la muerte, ¿que debe ser de esta alma? unos la hacen inmortal y otros mortal: unos quieren que sobreviva algun tiempo después de la muerte, y otros, que se resuelve en átomos. Estos la envian á habitar en los cuerpos de las bestias; aquellos la hacen

pasar sucesivamente á tres cuerpos diferentes, y los otros quieren que dure y ande vagueando tres mil años. Asi cuan presto soy inmortal y me veo bien hallado con mi suerte, ya soy mortal y me aflijo por esto: ahora soy átomo, aire, fuego y después no soy cosa alguna de estas: ya me veo pez, reptil, bestia, montaraz, ó cuadrúpedo; y asi viendo á los hombres, no se si les debo llamar hombres, o lobos, perros, boeyes, serpientes, pajaros quimeras, ó... en fin Empedocles levantandose sobre todos, me hace arbolito. Ved aqui lo que me enseñan los filósofos; estos grandes oráculos de la sabiduría."

Los filósofos modernos se esplican algunas veces del mismo modo que Plutarco, Luciano &c. "Yo consulté á los filósofos, dice Juan Santiago, revolví sus libros, eexaminé sus diversas opiniones, y á todos los encontré soberbios, afirmativos dogmáticos, aun en su mismo pretendido escepticismo, nada ignoran, y nada prueban, se burlan los unos de los otros, este punto es comun á todos, y me parece que es el único en que tienen razon. Triunfan, cuando atacan y les falta vigor cuando se defienden. Si vos pesais sus razones, ellos no las tienen sino para destruirse; si contais los votos, cada uno esta reducido al suyo, y no se convienen sino para disputar &c. Bajo el pretesto altanero de que ellos solos son ilustrados, veraces y de buena fe, nos someten imperiosamente á sus desiciones, pretendiendo darnos por verdaderos principios de las cosas, los in-

inteligibles sistemas, que ellos han formado en su imaginación. En lo demas, trastornando, destruyendo y poniendo bajo de los pies todo lo que los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo en sus miserias; y á los ricos, y á los poderosos el único freno de sus pasiones; arrancar del fondo de los corazones los remordimientos del crimen, la esperanza de la virtud, y así se vanaglorian de ser los bienhechores del género humano. Ellos dicen siempre, que la verdad jamas es dañosa á los hombres: yo lo creo, como ellos, y esto me sirve de prueba, que ellos no enseñan la verdad."

Veamos últimamente lo que dice un escritor mas animado contra la religion que el impío Juan Santiago Rousseau, a quien acabamos de citar. El autor del diccionario filosófico en esta obra maestra de impiedad en muchos lugares confiesa, que las diferentes sectas de los filósofos no han producido sino errores y desarreglos. En el artículo *Athée* dice "entre los gentiles muchas sectas no tenían freno alguno; los septicos dudaban de todo; los académicos suspendian su juicio sobre todo; los epicureos estaban persuadidos que la divinidad no podia mezclarse en los negocios de los hombres y en el fondo no admitian ninguna divinidad. Ellos estaban convencidos de que el alma no es una substancia; sino una facultad que perece con el cuerpo."

He aqui las luces de los sabios cuan escasas han sido, para enseñar al hombre las

verdades mas necesarias é importantes; ¿serán bastantes para instruir al género humano, las absurdas y contradictorias opiniones de los filósofos tanto antiguos como modernos? aún cuando entre estos se encuentren algunas verdades, como unos á otros se contradicen sin ponerse jamas de acuerdo, siempre el principio de duda no podria del todo faltar, porque siempre la verdad que un filósofo enseñaba la contradecía el otro.

Mas queremos suponer por un momento, que de los filósofos y legisladores pudieran sacarse luces muy seguras para llegar al conocimiento de la verdad, y que sus escritos nos impusieran de nuestros verdaderos intereses y dieran las reglas mas puras para la reforma de las costumbres; ¿seria esto bastante, sin la revelacion para desterrar de la tierra al vicio y al error? Siempre podriamos decir á estos sabios lo que Rousseau: filósofos vuestras leyes morales son muy sabias, pero hacenos favor de manifestarnos su sancion, dejad por un momento de desatinar y decidnos netamente lo que poneis en lugar de los castigos de la otra vida.

En efecto; quitada la revelacion; como podrian las lecciones de los sabios hacer mejor al género humano? ¿con que fuerza ó derecho podria un filósofo obligar á los hombres á seguir sus opiniones y á sujetarse á sus reglas? el sentaria bellas maximas, demostraria su conformidad con la recta razon, haria ver

que eran útiles al bien comun, y tambien a gradarian á muchos en la especulativa; pero en la practica siendo muchas veces contrarias al interes particular, y siempre á las pasiones desarregladas, no podrian contener al violento impulso de estas: los ladrones, los asesinos, los disolutos, y especialmente los poderosos violentos é injustos. ¿se abstendrian de cometer crímenes, solo por no faltar á unas bellas maximas? Era necesario desconocer del todo al corazon humano y no haber tratado jamas á los hombres para asegurar tal absurdo. ¿Qué han sido los hombres virtuosos, cerca de los poderosos sin religion? siempre las victimas de la tirania y de la crueldad: veanse las historias antiguas y modernas y se conocerá que el poderoso sin religion ni ha querido escuchar la voz de la verdad, ni le ha hecho impresion la virtud, ni ha reconocido otra ley que su voluntad y su pasion. ¿Qué fruto produjeron en los corazones de Dionisio, Tiberio, Caligala y Neron las maximas de Platon, Epitacio y Seneca? ¿qué las virtudes y sumisas representaciones del clero de Francia, y la probidad de todos los franceses honrados en el desgraciado tiempo que los filósofos opruieron á aquella nacion? Buscar la justicia entre los que no tienen religion es lo mismo que buscar la luz en las tinieblas: si antes que el impío tenga consolidado su poder se cubre con el velo de la vil hipocrecia como el ingles Cromwel, despues de asegurado ya no hay exeso á que

no se entregue, injusticia que no cometa, ni crímen con que no se manche. ¡Ó virtud! ¡tú en la boca del impío eres un nombre vano que carece de toda realidad!

He aquí como las luces de los sabios no son ni han sido bastantes para ilustrar al género humano; luego es precisa otra luz que presente con claridad las verdades mas esenciales, para que los hombres se fijen en ellas y no anden fluctuando en la incertidumbre y en medio de las variaciones de la miserable razon humana espuesta á cada momento á estraviarse por las sendas del error. Tambien es necesaria esa misma luz superior para reformar al género humano, para que las maximas de justicia y virtud no sean meramente especulativas, sino practicas, y que estando sancionadas por una autoridad superior á la que nadie pueda resistir, todos esten obligados á sugetarse á ellas, y los poderosos la teman y respeten. Si, es necesaria la revelacion, que levantando su voz magestuosa é imponente en medio del ruidoso tumulto de las pasiones, se deje oír de los mortales y les haga estremecer con la severidad de los juicios de Dios, si no viven como previenen las reglas de la razon, de la justicia y de la misma revelacion. ¿Mas cual sea esta revelacion que nos coste por la esperiencia, haber reformado al universo, disipado sus tinieblas y fijado todos los principios de la recta razon? Es la que tiene, creó y respeta la Iglesia católica, apostóli-

ca romana, fuera de la cual iglesia no hay salvacion apesar del impio Rousseau y demas filósofos sus seguidores.

Cuarto hecho. Por la religion cristiana han sido disipadas las sombras de la idolatria, y contenido los desarreglos de las costumbres.

Para demostrar la verdad de este hecho coloquémonos en una parte de la tierra y en un siglo que nos presente todas las ventajas necesarias al efecto, sea el lugar Roma y el siglo el de Augusto, y desde este lugar y este siglo dirijamos la vista á todo el universo idolatra, y luego veámoslo ya alumbrado con la religion cristiana, ¿qué diferencia en una y en otra época! en la primera no se observa por todas partes sino un espantoso desorden de la razon, y un general desarreglo de las costumbres. El conocimiento de la divinidad confundido con las mas estravagantes quimeras; los principios de la justicia, unos del todo destruidos, y otros reducidos á unas verdades meramente especulativas destituidas de fuerza y energía para obligar eficazmente al bien obrar. Roma conquistando al universo al mismo tiempo que oprimia á los pueblos conquistados, aumentaba su lujo y corrupcion con el oro de los vencidos y daba ensanches á la idolatria con sus deidades, que las hacia tambien propias. Las divisiones interiores de esta república desterraban de ella la paz, y los ciudadanos corrompidos no aspirando á o-

tra cosa que á ser dueños de las primeras magistraturas para tiranizar á su patria encontrándose los intereses de los unos con los de los otros y no teniendo mas fin de sus operaciones que el satisfacer su avaricia, su ambicion y demas pasiones, formaban frecuentemente sediciones y tumultos y los generales tan patriotas como los demas, no pretendian mas que sobreponerse los unos á los otros y para conseguir su fin derramaban la sangre romana sin piedad. Sila, Mario, Cesar, Pompeyo, Catilina, los triumviros &c. &c. trajeron por largo tiempo á la república en una revolucion continua, y la hicieron sufrir todos los males de la guerra civil: la humanidad se horrorisa recordando la historia de aquellos tiempos, en que no se presentan otros espectáculos, que los del furor, de la muerte y la desolacion.

En este estado de cosas aparece Jesus y comienza á enseñar en el mundo una religion del todo celestial y divina; se abren los ojos de los mortales, comienzan á ver el abismo del mal en que dormian tranquilamente y se sorprenden del estado de ceguedad en que habian vivido por tantos siglos: conocen la contradiccion que hay entre la multitud de dioses malvados que adoraban y las ideas exactas de la divinidad, de donde resulta la caida de la idolatría, que al fin queda reducida al último desprecio. Las solemnidades impuras, los oráculos engañosos, las seremonias ridículas y los misterios abominables son

el objeto del horror y detestándolos los pueblos reemplaza el lugar de la idolatria una religion para que enseña la existencia de un Dios único, justo, providente, omnipotente, vengador del crimen, remunerador de la virtud, que ha criado al hombre, que le ha adoptado como su hijo, que le ama como á su criatura, y que le castiga si inbel y obstinado no quiere obedecer sus justas leyes ni corresponder á sus favores. Esta misma religion, que dá tan sublimes ideas de la divinidad enseña una moral del todo conforme á la recta razon.

Con tales nociones el universo muda de aspecto y camina rápidamente á su reforma. Las infames representaciones del circo son proscriptas; las prostituciones públicas, y religiosas abolidas, los bárbaros combates de los gladiadores suprimidos y el pueblo romano que corria al anfiteatro á tener el feroz placer de ver á los hombres degollarse unos á otros, ó ser despedazados por las fieras, conoce toda la crueldad de estas diversiones y horrorizado las abandona. La esclavitud y los crueles derechos que los señores tenían sobre sus siervos, no son ya vistos sino como injurias hechas á la humanidad y á los derechos imprescriptibles del hombre: las usuras son condenadas y en fin todos los excesos que la religion, ó las leyes autorizaban, desaparecen á la luz de la divina religion cristiana, y no dejan otra cosa que una memoria marcada con el oprobio y el horror.

En vano las pasiones desenfrenadas lloran la pérdida de su libertad brutal, buscan medios para recobrar su antigua licencia y meten el hombro á los templos de los impuros dioses, que se desploman sin remedio, el género humano tiene ya otras luces y condena lo que por tantos siglos habia adorado. El impio Juliano apóstata, ídolo del perverso Voltaire, quiere hacer revivir á la supersticion que yace sepultada bajo las frias cenizas de los troncos que habian sido dioses; pero sus esfuerzos y poder chocando contra las firmes verdades del cristianismo se estrellan y quedan reducidos á la nada siendo tambien el malvado Juliano confundido por la diestra del que habita en las alturas. Ultimamente la idolatria queda tan descubierta y sus infamias y absurdos tan patentes, que aun los mas adheridos á ella se avergüenzan de la antigua teogonia, y pretenden formar una nueva que choque menos á la razon valiéndose para el efecto de las mismas luces que suministraba á todos la divina revelacion.

Esta revelacion divina, no solo dispó las tinieblas que cubrian al universo, tambien perfeccionó la sociedad y la fijó en bases mas sólidas y estables: ella esplicó las verdaderas relaciones de los asociados, señaló á cada uno la órbita de sus operaciones, mandó al súbdito que respetara al superior no solo por temor de los castigos temporales sino tambien de los

eternos, y al gobernante hizo saber que el era para el pueblo y no este para aquel; que si portaba la espada no era para oprimir al débil sino para defenderlo, hacer á todos justicia y castigar al criminal; en fin, los padres y los hijos, el marido y la muger, el amo y el criado, el rico y el pobre, el príncipe y el pueblo, todos encuentran sus deberes marcados en la divina revelacion y la religion de Jesucristo no hay vicio que no prohiba, para todas las virtudes ofrece verdaderas y sólidas recompensas, y siendo para todos los hombres, se acomoda á todo país, á todo clima y á toda forma de gobierno.

De lo espuesto hasta aquí, se infiere que por la religion cristiana han sido disipadas las sombras de la idolatria y contenidos los desarreglos de la razon. Reunámos este hecho á los tres que anteriormente hemos probado, y veremos á clara luz la necesidad de la revelacion. Los hombres han estado por muchos siglos envueltos en las mas densas tinieblas ignorando aún las verdades mas necesarias y esenciales: ellos se han abandonado á los desarreglos mas vergonzosos y contrarios á la razon: ni las luces de los sabios, ni sus esfuerzos han sido bastantes para disipar las tinieblas y contener los desarreglos, y solo la revelacion ha podido conseguir esto perfeccionando la sociedad; luego esta revelacion era necesaria.

Díganos todo hombre capaz de pensar,

si quiere otra prueba mas satisfactoria, pues en nuestro concepto es tan evidente la espuesta, que jamás se le podrá contradecir fundadamente.

En vano con falsas teorías pretenden los deístas destruir la verdad de estos hechos, la historia de los siglos dá un testimonio tan fiel y de tanto peso, que no serán jamas capaz de debilitarlo los miserables sofismas de los filósofos. Lo que se alega en contra, tomado de los bellos tiempos de Roma y de Grecia, no es de ningun peso atendiendo á la realidad de las cosas y solo el que ignora las costumbres y leyes de esos mismos pueblos en sus llamados bellos tiempos, puede con ellos pretender formar argumentos contra la necesidad de la revelacion. ¿Qué fue Roma en su tiempo feliz? el centro de la supersticion en donde se ignoraba la ecsistencia de un Dios único; en donde se admitian muchas deidades tan impotentes como viciosas; en donde se daba á los falsos dioses un culto detestable; y en fin, en donde se quebrantaba impunemente el derecho natural. Las leyes antiguas tan estimadas de Ciceron y otros, ¿no eran muchas tan contrarias á la ley natural y á los derechos de la humanidad? Una permite á los acredores reducir á la esclavitud á sus deudores; otra dá al padre el derecho de vida y de muerte sobre sus hijos y de poderlos vender hasta tres veces; aquella impone á los padres solamente

obligacion de mantener á los hijos varones y á la primogénita de las hijas, y esta permite quitar la vida á los hijos deformes. En cuanto á las costumbres, vemos autorizado el divorcio, la poligamia, la prostitucion y los delitos contra naturaleza permitidos, como tambien el suicidio y la crueldad con los esclavos.

Solo el tratamiento que los romanos daban á los esclavos, basta para deshonrarlos y cubrirlos de un oprobio eterno. Lease á Dion Casio, Suetonio, Ovidio, Ciceron, las antigüedades romanas, los anales de Tacito, la vida de Caton por Plutarco, Juvenal y otros; y se verá que la condicion de los esclavos era peor que la de las bestias. A los esclavos viejos ó inútiles se les esponia en una isla del Tiber para que allí perecieran de hambre. Toda la Italia estaba llena de subterráneos en donde se enserraban á los esclavos, y estos encadenados eran los porteros en Roma. En los procesos siempre se les arrancaba su testimonio entre los dolores de la tortura, y por la mas ligera falta se les atormentaba sin piedad. En Dionisio Halicarnaso se le que un pleveyo reprochaba á los senadores el que trataban al pueblo como á los esclavos, y para demostrar esto habla de cadenas, grillos, collares de madera y de hierro, ultrajes de toda especie, trabajos excesivos, y últimamente todas las mas graves miserias con que puede oprimirse á la humanidad: sugetos los desgraciados esclavos á tantos males, aún parece que algunos dudaban

que fueran hombres, pues lemos en Juvenal que una muger furiosa solo por capricho queria que se diera muerte á un esclavo, y preguntaba que si este era un hombre.

Tales leyes y tales costumbres ¿pueden hacer feliz humano y benéfico á un pueblo, y los tiempos en que reynen tenerse por dichosos? ¡Ah! mas se encuentra de ferocidad y barbarie, que de dulzura y humanidad. ¿Quien no verá con horror á aquel romano, que traspasa con un puñal el corazon de una hija tierna, para evitar el que fuera violada? ¿quién verá con semblante sereno á Lucrecia quitándose á si misma la vida? ¿Que nos enseñan estos dos últimos hechos? que si los romanos conocian algunas virtudes y las apreciaban como la castidad que amaron los perpetradores de los crímenes referidos; no conocian que el quitar la vida á un inocente, ó quitarsela uno asi mismo es un crimen que jamas puede conbestarse con cosa alguna.

He aqui como Roma en todos tiempos necesitó de la revelacion para conocer el derecho natural en muchas cosas esenciales y para reformar las costumbres. En cuanto á los griegos solamente copiaremos las palabras de un escritor, que habla de las costumbres de los griegos.

“Acaso, dice, acercándonos no veremos en la república de Atenas, sino un populacho mal organizado, vano, ligero, ambicioso, zeloso, interesado incapaz de conducirse así mis-

mo, y no pudiendo sufrir en sus caudillos la fortuna que parte con ellos.... un pueblo injusto con sus aliados, ingrato con sus gobernantes y cruel con sus enemigos;... á esto se añade inhumano con sus esclavos, lubrico y desarreglado hasta el exceso. Solo la ley que condenaba á muerte á cualquiera que propusiera invertir en otros usos el dinero destinado para los espectáculos, basta para cubrirlo de oprobio."

Si nos convertimos á los spartanos.... ¿Es esta una nacion? Ellos no cultivan la tierra, desprecian sus producciones, y hacen mérito de pasarse sin ellas cuanto es posible. ¿Es una sociedad? no, porque los enlaces de las familias, los del matrimonio, la paternidad, el amor y la amistad son desconocidos. Las mugeres no estan unidas con sus maridos sino de un modo precario, é incierto; los hijos no pertenecen á sus padres, la naturaleza es condenada al silencio; y una voz imperiosa es la única que se hace oír, la patria pide todo, posee todo, reclama todo y ella sin embargo nada dá, nada ofrece y nada promete.... Si su constitucion no ha hecho á los hombres mas virtuosos y mas felices; si ella no ha hecho la felicidad de Sparta, ni la de sus vecinos, ¿seremos todavia tan ciegos para prodigarle nuestro entusiasmo sobre la fe de Xenofonte y de Plutarco?"

Habla el autor de la perfidia de los sparciatas con sus esclavos los llotas y añade:

"La pluma se me cae de la mano refiriendo tales horrores; pero mi indignacion cae menos sobre los sparciatas, que sobre los autores que friamente nos transmiten estos hechos espantosos y se estienden con complacencia de un pueblo bárbaro que se ha hecho tan culpable..."

"Seria de desear que la conducta de los otros griegos hubiera contrastado á la de los lacedemonios; pero no podemos disimular que la humanidad fue una virtud casi generalmente ignorada en estos pueblos... Nosotros nos vemos precisados á confesar que lo que se llama la bella edad de Grecia fué un tiempo de tortura y de suplicio, para la humanidad."

"En efecto las leyes de Licurgo tan alabadas por los antiguos y modernos sacrificaban las virtudes morales al bien político, siendo en Sparta justo todo lo útil. Platon conviene en que estas leyes eran mas propias para formar hombres valerosos que ciudadanos justos, y tambien en que los spartanos se hicieron constantemente odiosos por su mala fé. Ellos tenian de costumbre abofetear á los niños en el altar de Diana hasta derramar sangre, sin permitirles proferir una queja y muchos morian con este tratamiento bárbaro. Se les ejercitaba en batirse unos con otros con un encarnizamiento que tocaba en rabia. Se les acostumbraba á tratar á los esclavos con una crueldad sin ejemplo de la que usaron despues

contra el pueblo de las ciudades griegas de que se hacian señores. Arrojabán á un precipicio á los niños que nacían débiles ó deformes: la juventud se ejercitaba en el robo y rapiña, como en un arte laudable. El pudor y la decencia estaban desterrados de Sparta y las mugeres spartanas, eran las mas desenvueltas y corrompidas de toda la Grecia. Los elogios que Platon y otros han dado á las leyes de Licurgo, son menos capaces de paliar sus absurdos, que de deshonorar la filosofia: ecsaltar las pretendidas virtudes de los spartanos es dar á los hombres tigres por modelo."

He aqui como en los bellos tiempos de Roma y de Grecia estaban entronizados los errores mas groseros y la ferocidad mas cruel. Luego en todos tiempos ha necesitado el hombre de la revelacion. ¿Mas el género humano ha recibido esta revelacion? ¿cual es, y cuales las pruebas con que se demuestra su ecsistencia? Es lo que vamos á probar.

CAPÍTULO IV.

Ecsistencia de la revelacion.

Habiendo probado que era preciso para que el hombre conociera las verdades mas importantes y sus obligaciones mas esenciales el que Dios se las revelara, vamos á demostrar que esto se ha verificado, y que Dios efectivamente habló en otro tiempo á nuestros padres por

medio de los profetas y últimamente por su Hijo unigenito; pero como para probar esto nos hemos de valer de la autoridad de los libros sagrados, tenemos que citarlos como auténticos, veraces é íntegros, y asegurar que lo referido por ellos es digno de todo credito, es necesario demostrar que estos libros tienen estas condiciones, contra los filósofos modernos que se las disputan. Demostrada esta verdad pasaremos á probar que lo enseñado por Dios no puede ser falso, porque ni puede ni quiere engañarnos, y últimamente haremos ver los invisibles motivos que tenemos para asegurar, que Dios nos ha hablado y enseñado la verdad.

La cuestion de la autenticidad y veracidad de los libros es un punto tan interesante que todos los que tratan de la religion, ya defensores, ya enemigos, jamas se desentienen de ella persuadidos unos y otros de que la religion seguirá la suerte de los libros en que se contiene; porque si se demuestra su veracidad, el cristiano debe triunfar y el incrédulo ser confundido; mas si por el contrario ellos fueran dudosos no habria un punto fijo sobre que estribar en el ecsamen de la religion.

Nosotros habremos demostrado la veracidad de estos libros, si demostramos que estos son mas auténticos y dignos de credito, que todos los que hay escritos; y esto lo habremos hecho, cuando hayamos probado, que